El extraño caso de Eduardo Martínez

Adrian Magno

Capítulo 1

1

Mi hermano mayor se llama Eduardo Martínez, tiene el pelo oscuro, casi negro y está por cumplir los veintisiete años (aunque no los aparente). ¿Porque les cuento esto? Porque hace más de tres semanas que desapareció, y esta vez, creo que no va a volver.

Esperen, vamos a ordenar un poco los hechos, porque si no, no van a entender nada.

Mi hermano está enfermo, aunque decir enfermo es abarcar mucho terreno. Más bien tiene, como le dicen ahora, capacidades diferentes. No es que sea una persona retrasada ni nada por el estilo, tampoco es lento o lerdo, solo que él, vive en "su mundo".

Nosotros, y cuando digo nosotros, me refiero a su familia, siempre supimos que Eduardo era diferente. Vive a su tiempo y en su tiempo. Es como si tuviera algún tipo de autismo, pero su vez es más rápido, más despierto que cualquiera de su edad.

La primera vez que desapareció, lo hizo por casi ocho horas. En ese entonces él tendría unos diecisiete años, y mi mamá casi se muere de la desesperación. Yo tenía siete u ocho, y recuerdo el revuelo que se armó. Mi mamá lloraba, mi papá no paraba de llamar por teléfono, empezando por la policía e incluso a varios hospitales. Vinieron los vecinos, gente conocida y hasta algunos amigos de la familia para salir a buscarlo por la zona. En esa época, vivíamos en Saavedra, un pequeño barrio de Buenos Aires. Cualquiera que haya vivido ahí, sabe que es un lugar muy chico pero bastante unido por sus vecinos, (o por lo menos yo siempre lo sentí así).

Mientras todos estaban desesperados, yo tomaba la merienda en el comedor, mirando para afuera por el ventanal que está en el frente de la casa, cuando de repente lo vi venir caminando, como si nada.

-Mamaaaaa!- grité –Es Edu!-

Mi mamá, vino volando y al abrir la puerta, ahí estaba. Venía caminando por la vereda, mirando el cielo y silbando (siempre silbaba). Cuando mamá le preguntó dónde estuvo, él le contestó – Jugando a los vaqueros mami, jugando a los vaqueros. -

El tiempo pasó, y estas "escapadas" siguieron. Cada tanto Edu desaparecía, a veces por un par de horas, a veces más tiempo pero siempre volvía. Mi papá, intentó anticiparse a estas salidas vigilándolo sin

que él lo supiera. Incluso llegó a colgar unas pequeñas campanas en la puerta para que hicieran ruido si alguien salía o entraba de la casa, pero Edu, siempre se las ingeniaba para escaparse igual.

Para cuando yo tenía doce años mi hermano se escapaba regularmente, casi una vez por semana, y la intriga por saber a dónde iba crecía poco a poco en mí. Recuerdo que una vez le pregunté si podía llevarme con él, pero Edu sencillamente dijo – Sos muy chico para jugar con nosotros, mejor quédate en casa mirando la TV – Y eso fue todo, tan simple como eso. Mi hermano el lento, el "retrasado" me había puesto en espera, y no hubo forma de que pudiera convencerlo de otra cosa. Lo que sí, pude hacerle prometer que me iba a contar de sus juegos y sus amigos. No le dejé alternativa, tuvo que aceptar. Tal vez yo fuera más pequeño, pero no por eso menos insistente.

Y así fue que con el correr de los meses, Eduardo se fue abriendo conmigo. A veces tardaba horas o días en contarme de sus escapadas, pero poco a poco, le iba costando cada vez menos. Al principio solo contestaba a mis preguntas, pero a medida que pasaba el tiempo se fue soltando más y más. Ya para cuando yo cumplí los doce, era él quien me buscaba para contarme. Pasábamos horas hablando, casi siempre de noche aprovechando que nuestros padres dormían. Él se pasaba a mi cuarto y hablábamos, hasta altas horas de la madrugada. Luego, mientras yo dormía, el volvía en silencio a su cuarto. Fueron buenos tiempos, ambos disfrutábamos mucho de nuestra mutua compañía e incluso a veces me daba la sensación que a veces se escapaba para luego venir y contarme.

En estas charlas nocturnas, él me contaba increíbles historias. Indios y vaqueros, peleando en alguna llanura perdida en el tiempo. Muchas veces me relataba épicas batallas, donde valientes soldados combatían en algún histórico campo de batalla. Otras veces, sus juegos se tornaban aún más fantásticos y los relatos abarcaban los más remotos confines del espacio donde naves espaciales y temibles extraterrestres libraban increíbles guerras. Yo, no podía más que quedarme embobado ante semejantes relatos, añorando el día en que decidiera que yo tuviera la edad suficiente para jugar con él y sus amigos.

Así, fue pasando el tiempo. Mis padres siguieron sin poder frenar estas escapadas, tanto que para cuando él cumplió los veintidós años, ya dejaron de intentarlo y simplemente lo tomaron como era, un chico que algunas veces salía por las tardes a jugar con sus amigos. Yo, simplemente me limité a seguir disfrutando de sus fantásticas historias. Era un pequeño bálsamo, lo sabía, pero de ninguna manera iba a perderme la oportunidad de que, cuando llegase, el momento pudiera unirme a su variopinto grupo de piratas espaciales y valientes vaqueros.

Semana a semana, mes a mes, las historias siempre eran distintas, los protagonistas rara vez se repetían y una vez que morían, era muy extraño que volvieran a ser nombrados, salvando algunas excepciones donde estos, fueran recordados por algún evento o hazaña extraordinaria. Esto siempre me pareció algo extraño, pero no dejaba de tener lógica. Imaginen un grupo de muchachos que jugaran alguna especie de juego de rol, donde no se necesitaran lápiz ni papel, tan solo bastaba con tener una vivaz imaginación.

2

A medida que el tiempo pasaba, los relatos empezaron a parecerme cada vez más sosos y lentamente comencé a perder interés en ellos. Para entonces yo ya había superado, por mucho, la barrera de los dieciséis años y mis propias historias fueron reemplazando a las suyas. Comencé a frecuentar mi propio grupo de amigos, con los cuales íbamos a la misma escuela. Compartíamos gustos musicales y, de vez en cuando salíamos por la noche a bailar o bien simplemente nos juntábamos a perder el tiempo. Sea cual fuere el motivo, yo era consciente que lentamente me iba distanciado cada vez más de mi hermano. Esta distancia, lentamente se iba haciendo cada vez más grande, y cuanto más tiempo pasara, más me iba a alejar de él. Fue por eso que decidí hacer algo al respecto. Ese mismo día lo iba a convencer que me llevara con él.

No sé si esta decisión fue por él o por mí, ya que la curiosidad por saber que era lo que hacía mi hermano cuando se escapaba seguía ahí. Recuerdo que esa mañana fui a despertar a Eduardo con su desayuno preferido, café con leche y panes con manteca. Yo sabía que iba a ser difícil de convencerlo por lo cual, (y lo digo un poco avergonzado), decidí utilizar cualquier ventaja que tuviera a mano, inclusive su propio estómago, para intentar convencerlo. El resultado resultó ser totalmente inesperado.

Mientras él comía el último pan remojado en el café con leche, le pregunto – ¿Edu, te gustaría que hoy por la tarde vos y yo vayamos a jugar con tus amigos? -

Él levantó la mirada del plato, y sin haber terminado de tragar me contesta – ¿Hoy, es martes? -

Intrigado, yo le contesto – Si, todo el día.-

- Entonces sí, juguemos.-

Y así fue. Sin un centímetro de duda, sin ponerse a pensarlo, mi hermano decidió (quién sabe cómo o por qué) llevarme con él.

Eduardo fue al baño, se cepilló los dientes (como todas las mañanas). Se preparó su ropa y se vistió. Por mi parte, creo que no tardé más de diez minutos en prepararme, y para cuando él aún no se había puesto ni los pantalones, yo ya estaba sentado en una silla al lado de la puerta de entrada esperándolo.

No quiero exagerar ni nada pero, me sentía como si tuviera doce años nuevamente y mi hermano mayor estuviera a punto de llevarme a mi primera cita. Más nervioso, imposible.

Creo que eran las nueve o diez de la mañana cuando Eduardo bajó por la escalera preparado para salir. Vestía una remera blanca y vieja con el logo de Star Wars, unos jeans gastados y unas zapatillas sin marca. Yo por mi parte, usaba una camisa a cuadros con una remera blanca impecable debajo, un jean y unas All Star. << Hermanos hasta la médula!>>, recuerdo haber pensado.

En un segundo, me levanté de un salto de la silla y fui a buscarlo. Parecía un perro desesperado, esperando a que lo sacaran a pasear. Edu, me miró y me dijo – Vamos, por acá. - y señaló la puerta que daba al patio de atrás. En ese momento entendí, riéndome para mis adentros, Eduardo jamás usó la puerta del frente para salir, si no que debía tener algún otro camino para salir por el fondo de la casa.

Al salir al patio, Eduardo comenzó a caminar directamente hacia la escalera que iba a la terraza. Esto me extrañó mucho, más aún cuando lo vi abrir en cuartito que tenemos arriba, donde se guardan herramientas y cosas que no suelen utilizarse con mucha frecuencia.

Yo me quedé parado en medio de la terraza sin saber bien cómo reaccionar. ¿Estaría buscando algo? ¿Para qué subir a la terraza si de acá no podíamos ir a ningún lado... o sí? Cuando este pensamiento surcó mi mente fui corriendo hasta el cuartito, y al abrir la puerta mi sorpresa no pudo ser más grande. Al fondo, detrás de todas las cajas repletas de herramientas y muebles sin usar estaba Edu, de espaldas a la puerta, sentado en el piso. Sin darse vuelta me dijo – Dale, vení! Cerrá la puerta que si no, no anda.

Más por intriga que por otra cosa, cerré la puerta y mientras esperaba que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad caminé hacia donde había visto a mi hermano sentado. Al llegar a su lado le pregunto – ¿Edu, que hacemos acá? ¿Podemos bajar y salir a buscar tus amigos de una vez?

- Shhhhh, sentate acá adelante mío y callate. Yo te voy a enseñar.

Un poco fastidioso, me senté delante de mi hermano y le dije – Listo, ¿Y

ahora qué?-

- Ahora cerrá bien fuerte los ojos- me dijo mientras me ponía las manos en los hombros - Y no los abras hasta que yo te diga.-

- Dale Eduardo, dejate de joder.- Le dije mientras intentaba levantarme en vano. Sus manos me tenían sujeto al piso.

- Shhhhh, quedate quieto. Que si te movés, no me sale. -

La verdad, que muchas opciones no tenía, o sí, pero la curiosidad me estaba matando.

Eduardo me tenía bien agarrado, empujando mis hombros hacia abajo, así que decidí seguirle el juego, un rato por lo menos.

- Dale. - Le dije en voz baja, - pero aflojá que me estás rompiendo la espalda. -

Eduardo relajó un poco sus brazos y yo, acomodándome un poco luego de sufrir su presa, cerré fuerte los ojos.

No sé si fue un segundo, un minuto o una hora pero pasado ese tiempo inestimable, mis oídos se taparon bruscamente, para luego destaparse con la misma rapidez. Eso me dejó un poco mareado, por lo cual decidí ignorar las instrucciones de mi hermano y abrir los ojos para ver si él se encontraba bien.

Seguía sentado frente a mí, pero con los ojos bien abiertos y media sonrisa en su rostro.

-Vamos- Me dijo, y se levantó rápidamente para dirigirse a la puerta del cuartito.

Yo, me quedé sentado unos segundos, esperando a que se me pasara el mareo. Lo vi abrir la puerta y salir, mientras pensaba en lo extraño de toda esta escena.

Me levanté, fui caminando lentamente hacia la puerta y salí.

Capítulo 2

1

Lo primero que recuerdo es el frío. El cambio de temperatura fue muy abrupto. Lo segundo es la sorpresa que me invadió al darme cuenta que ya no estábamos en la terraza.

Me encontraba de pie ante un largo pasillo. El piso parecía ser metálico o bien de algún material con similares características. Estaba tenuemente iluminado, por lo que me fue muy difícil ubicarme en tiempo y espacio.

Comencé a avanzar lentamente, dando tiempo a que mis ojos se acostumbraran a la escasa iluminación.

-Eduaaaardooooo!- dije no muy fuerte.

Mi voz resonó un poco metálica, pero a la vez apagada. Daba toda la sensación de estar en un ambiente cerrado, aunque mi vista dijera todo lo contrario.

Seguí caminando unos pasos más cuando de repente la pared a mi izquierda, que hasta el momento parecía del mismo material que el piso, se desvaneció para ser reemplazada por un gran ventanal que seguía todo a lo largo del corredor. Al principio el cristal estaba oscuro, pero a medida que me acercaba, iba perdiendo su opacidad. Lo que vi a continuación, superaba cualquier cosa que pude haber visto hasta ese momento. Se veían estrellas, muchas estrellas.

Creo que me costó un par de minutos darme cuenta que estaba parado frente a una ventana que daba al espacio. Se veían más estrellas de las que había visto en toda mi vida. Fue realmente sobrecogedor el panorama, y si bien no sentía temor, estaba paralizado ante tamaña inmensidad. En la medida que mi mente se iba haciendo a la idea del lugar donde parecía estar, me fui relajando un poco. Acercándome al cristal pude ver un poco del lugar donde estaba. Parecía una gran nave o una “estación espacial” digna de Asimov. Esto no hizo más que generar preguntas en mi ya despejada mente. ¿Dónde estaba yo? ¿Sería esto verdad o un sueño?

La última incógnita se respondió sola cuando Eduardo apareció por el otro extremo del corredor, haciéndome señas para que lo siguiera. No les voy a mentir, se me hizo muy difícil despegarme del cristal para ir con él. Entiéndanme, era la primera vez que veía el espacio.

Caminé, esta vez un poco más rápido, en la dirección donde estaba mi hermano, no sin echarle una mirada de reojo cada tanto por la ventana.

Era un espectáculo casi hipnótico.

-Seguime, es por este lado, y no te entretengas- me dijo como retándome.

Doblamos por el pasillo a la derecha, y seguimos por otro, esta vez más corto, que terminaba en una puerta metálica bastante grande. Al acercarnos a ella, una fina línea se iluminó, como partiéndola en dos desde la esquina superior derecha, hasta la esquina inferior izquierda. Luego de esto la puerta se abrió, justo por donde pasaba esta línea, desapareciendo en el interior de la pared.

Ante mí, se extendía una habitación bastante grande, de unos 20 o 25 metros de largo, por otros tantos de ancho. Dentro de la misma había muchas cajas de metal en su mayoría, y algunas de otros materiales similares al metal. El techo era bastante alto, lo que hacía que las cajas pudieran apilarse de a cinco o seis, dejando unos dos metros de espacio para caminar pegado a las paredes. Bordeamos toda la carga de la habitación hasta que dimos con otra puerta, en el extremo opuesto de la misma. El procedimiento de apretura parecía ser similar al de antes. Esta vez, antes de pasar, detuve a mi hermano tomándolo por uno de sus brazos.

-¿Edu, me querés decir que pasó?- le pregunté con énfasis.

-Vinimos a viajar en la nave.- me dijo sin inmutarse.

-¿En qué nave, de que estás hablando?-

-Se llama AR-San Martín. Como San Martín!- comentó mientras trataba de quitar mi mano de su hombro como para seguir camino.

<Para que se entienda, debo decir que mi hermano es poco elocuente y muy literal en su manera de hablar. Ah, y para que conste, nunca lo escuché decir una sola mentira.>

-¿AR-San Martín?- volví a preguntar.

-Sí, es la primera nave construida en Argentina- contestó.

A esta altura yo no sabía que pensar. ¿Naves espaciales Argentinas? ¿Como…. Cuando…. Donde?

-Ok ¿Y eso cuando fue? Porque hasta donde yo sé, ningún país tiene la capacid….

-Si la tienen. En el año 2238 inauguraron el AR-San Martín con un viaje a los anillos de Saturno. ¡Fue muy divertido!- me dijo cortándome la oración

y dejándome mudo a la vez.

2

En una breve y poco expresiva charla, Eduardo me contó que la carrera espacial volvió a activarse cuando los problemas en el medioambiente y la sobrepoblación comenzaron a ser eso, un problema, y que si bien la tierra como planeta aún es habitable, se llegó a un acuerdo en la ONU para que todas las agencias espaciales aúnen esfuerzos y desarrollen tecnología para la colonización de otros planetas. Todo este esfuerzo hizo que las naves espaciales sean una realidad a partir de fines del siglo XII.

Me contó también que más adelante nos encontraríamos con razas extraterrestres y que habría comercio espacial, vacaciones espaciales e incluso películas con actores de otros planetas. También dijo que hubo conflictos y muchas muertes en otros momentos, pero que como a él eso no le interesaba, simplemente se volvió.

Imagínense lo que es enterarse de esto en 5 minutos… Toda una experiencia.

Volvimos a retomar la marcha, atravesando la puerta de la bodega de carga. Esta daba a un pasillo un poco más corto que el anterior y, por suerte, mejor iluminado.

-Vamos, apurate que nos esperan- me dijo mientras aceleraba el paso.

Al final del pasillo había una puerta, pero era diferente a las anteriores. Esta se habría hacia arriba y en una sola hoja, dejando al descubierto lo que parecía un elevador.

-Puente de Mando- dijo Eduardo en voz suave, precisa y vacía de emociones.

El ascensor comenzó a descender.

-Estamos bajando- le dije

-Sí, el puente está abajo y en la parte de atrás de la nave. Los hicieron así luego del incidente con los Hellner. Por casualidad, se cruzaron dos cruceros espaciales en medio de la zona gris, y ellos, con un solo rayo destruyeron el puente, que en esa época estaba arriba y al frente. Inutilizaron la nave Croata de un solo golpe.-

-<Tiene lógica>- pensé

- ¿Cruceros? ¿Zona Gris? ¿Qué es todo eso? – dije mientras el elevador se

detenía.

- Shhhhh – me contestó. – Callate y caminá -

Salimos del ascensor y tomamos otro pasillo, está vez iluminado con una luz cálida que resaltaba los cuadros que adornaban sus paredes. En ellos se podían ver imágenes de lo que parecían los más grandes logros de la humanidad. Desde el primer alunizaje, hasta la creación de la primer flota espacial.

Se podían ver naves mercantes, de guerra y hasta científicas. Era como si a medida que avanzáramos los cuadros nos contaran la historia espacial del mundo.

Precioso, realmente.

Al final del corredor, nos detuvimos un momento ante una gran puerta color azul oscuro. Esta no se abrió como las otras, si no que tenía algún tipo de mecanismo que desconocía.

-Acá está el puente- me dijo mi hermano. –Yo te voy a presentar a todo el mundo, así que no te preocupes por nada, seguro les caes bien!-

Apoyó la mano en la puerta y esta pareció parpadear con una tenue luz celeste antes de abrirse por completo.

-Bienvenido al puente-

3

El puente era bastante ancho, pero no muy largo y absolutamente nada que ver a lo que uno esperaría. Si bien había orden en todo lo que había en el mismo, uno podía darse cuenta que tenía una función más bien utilitaria que cómoda o placentera.

Había varias pantallas que dejaban ver el exterior de la nave, tanto su parte delantera como la trasera y ambos costados. Ahí entendí el por qué no hacía falta que estuviera al frente y descubierto. Se podía ver que estaba iluminado mayormente por las pantallas y monitores que operaban la nave, y si bien había una iluminación central, solo servía a modo complementario para que no haya espacios totalmente a oscuras.

Las personas que había en el mismo, parecieron no darse cuenta de nuestra presencia hasta que no nos acercamos un poco y entramos en su periferia visual.

Me presentó al Capitán Robert, al Capitán Hernan, Capitán Gustav, Capitán Alexander, Capitán Pierre, Capitán Flavius y por último al Capitán

Adrian. Todos estaban muy concentrados en su trabajo, observando monitores y realizando complicados cálculos, o eso parecían. Apenas si hablaban unos con otros, con la mirada parecían organizarse muy bien. Recuerdo haber pensado que alguna vez había escuchado hablar de ellos en algunas historias que me contaba Eduardo, pero realmente eso ahora era lo de menos, estábamos en el espacio, en una nave espacial a punto de ir a quien sabe dónde.

Nos sentamos uno al lado del otro en su estación de trabajo, y aprovechando que estábamos juntos le pregunté –Edu, ¿Por qué son todos Capitanes?

-Porque no nos poníamos de acuerdo y decidimos hacerlo así- me dijo mientras presionaba algunos botones en una consola.

-Arrancamos- grito uno de los Capitanes, y la nave no se movió en absoluto. O eso pareció. Lo que sí, pude ver en las pantallas las estrellas comenzaban a moverse creando finísimas líneas blancas. Daba la sensación de que estábamos acelerando.

-¿Dónde vamos?- le pregunté a mi hermano.

-A darle la vuelta a la Luna- me contestó sin mirarme. –Es un viaje rápido, para que veas lo divertido que es.

-Mirá por aquella pantalla- me dijo señalando a la pantalla que estaba directo a nuestra izquierda.

Giré mi cabeza y pude ver a la Luna acercándose rápidamente. Era increíble! Te quitaba el aliento ver semejante panorama, aunque sea a través de una pantalla.

Cuando el astro alcanzó a verse en la pantalla, los Capitanes se miraron entre ellos, y la nave comenzó a girar lentamente hacia la izquierda. Al parecer íbamos a pasarle bastante cerca y hacer toda la vuelta bien pegado a la superficie.

Poco a poco, la luna se fue acercando, cubriendo por casi completo la pantalla. Se veían perfectamente los cráteres y algunos detalles del terreno que desde la tierra sería, imposible hacerlo. Era impresionante!

Fue en ese momento cuando sonó una alarma, o algo que parecía una alarma.

-Objeto desconocido en rumbo de colisión- dijo el Capitán Hernan. –Viene por abajo- gritó.

- Flecte ad dextram- gritaba en Latín el Capitán Flavius.

En un segundo, pasaron varias cosas. Pude ver por la pantalla delantera, la parte inferior de la Nave, justo donde está el puente de mando. Otra Nave se acercaba rápidamente en colisión directa contra nosotros. Se escucharon gritos dando órdenes, pero no hubo caso. A unos 42 kilómetros de la superficie Lunar, el AR-San Martín chocaba con una nave que estaba despegando de la cara oscura de la Luna.

Capítulo 3

1

Recuerdo que cuando era chico, una vez, chocamos con el auto. Era verano y con mi familia nos íbamos de vacaciones a la costa atlántica de Buenos Aires. Recuerdo que el auto se descontroló y terminó dando contra el guardarraíl que está bordeando la ruta. Se escuchó un ruido como de metal contra metal y el auto se detuvo de repente al impactar contra el poste de una señal de tránsito. Nos golpeamos un poco y nos asustamos bastante… no mucho más.

Bueno, esto, fue totalmente distinto.

No escuchamos nada durante incontables segundos, hasta que comenzaron las explosiones. Al principio fue como ver una película muda, arriba de una montaña rusa. Todo temblaba y se movía de forma intermitente, mientras en las pantallas veíamos como una nave desconocida, se incrustaba lentamente en el AR-San Martin.

El caos comenzó en el momento en que uno de los capitanes fue arrancado de su puesto por un enorme panel de metal, que se desprendió de uno de los laterales del puente. Fue muy impresionante realmente, porque en un momento estaba allí, y luego ya no. En escasos segundos, el puente comenzó a desarmarse de atrás hacia adelante. Los paneles posteriores comenzaron a desprenderse y volar llevándose todo a su paso.

Mientras tanto, yo seguía clavado a mi silla tratando de entender todo lo que ocurría a mí alrededor. Pude salir de mi estupor al sentir que una mano se apoyaba sobre mi hombro, y escuché la voz de mi hermano diciéndome – Nos vamos-

Al darme vuelta veo a Eduardo, bastante golpeado sosteniendo de un brazo a otro de los capitanes, que estaba bastante mal herido. Me desprendo del cinturón de seguridad, y me levanté para ayudar a mi hermano a llevar a su amigo herido.

- No, vos levántalo a Gustav – me dijo señalando a otro de los capitanes caídos.

Fui lo más rápido que pude en su ayuda. Lo intenté levantar, pero con un movimiento, me sacó las manos. Lo vuelvo a intentar, pero vuelve a hacerlo. Yo, sin entender que pasaba, le grito – Vámonos de acá – pero él, en un arrebato me agarra del cuello y me gira la cabeza mostrándome

algo.

Recién ahí pude ver, que sus piernas estaban atrapadas debajo de una enorme consola de controles. – Spaci Sevilla – (o algo así) me dijo, no lo entendí, pero por sus señas, creo que quería que nos fuéramos. Lo miré un segundo, y él asintió con lágrimas en sus ojos. Eso me dijo todo.

Me alejé como pude y fui hasta donde se encontraba mi hermano, que para ese momento ya se había acercado bastante a la puerta de acceso al puente. Sostenía al capitán Flavius de un brazo, mientras con el otro se aferraba a un costado de la arcada de la puerta. Más allá, por el pasillo, pude ver a dos capitanes más que se alejaban dando tumbos tratando de escapar.

- Nos vamos a la bahía de carga – gritó Eduardo en medio de una explosión que venía del puente. Al girarnos, alcanzamos a ver como la puerta se cerraba automáticamente, (supongo que para evitar la descompresión o bien que el fuego se esparciera aún más).

Con mucho esfuerzo, comenzamos a volver corredor tras corredor hasta llegar a la puerta que daba a la bahía de carga. Intentamos abrirla, pero no hubo caso, estaba atascada. Buscando alguna otra forma de abrirla, vimos que había sangre en el piso, con forma de gotas grandes. Se ve que los capitanes que iban delante de nosotros tampoco habían podido pasar por allí. Así que decidimos desandar camino y buscar una ruta alternativa.

2

La nave temblaba sin cesar, mientras nosotros buscábamos un acceso a la bahía de carga. Caminamos por varios pasillos hasta llegar a un corredor muy grande el cual tenía todo un ventanal que daba al espacio, y si bien muchas de sus “vidrios” estaban oscurecidos, otros tantos dejaban ver el lateral de la nave casi por completo. Se podían ver muchas zonas que habían sido dañadas por explosiones y que habían perdido parte de su contenido al quedar expuestas al espacio. Otras tan solo eran agujeros negros que estaban parcialmente iluminados por chispazos de origen eléctrico. Por todos lados había restos de nave flotando. El panorama era bastante triste y muy desalentador.

Aprovechamos para tomar un poco de aire y de paso pensar dos segundos cuales iban a ser nuestros siguientes pasos. Me di cuenta que si bien los capitanes parecían saber cómo pilotear la nave, desconocían bastante de su diagramación interna.

Decidimos seguir adelante hasta encontrar una bifurcación que nos llevase a la zona de carga o bien, a alguna zona que nos provea la forma de

escapar de ahí.

Caminamos bastante, pasando por algunos sectores de la nave a los cuales no podíamos acceder ya que las puertas estaban cerradas a raíz del choque. Otros caminos, ellos sí los conocían, y sabían que no se podía llegar a la bodega por ahí.

Llegamos a una bifurcación en forma de T, la cual tenía un mapa de evacuación dibujado en la pared. Aprovechamos y volvimos a detenernos para mirarlo y recuperar el aliento.

- Edu, ¿Por qué necesitamos llegar a la bodega de la nave? – le pregunté.

Él me miró un segundo y me contestó – Porque necesito estar tranquilo para poder sacarnos de acá. –

De repente, caí en la situación. Si bien sabía dónde estábamos, el choque había hecho que por un rato me olvidase de como habíamos llegado hasta ahí. Entendiendo esto, fue cuando sentí que el mundo se me venía encima. Las piernas se me aflojaron, y si no era por Eduardo que me atajó en el aire, creo que me hubiera desmayado.

En ese momento pude ver bien a mi hermano. Estaba bastante mal herido. Tenía un feo corte en la cabeza que le abarcaba desde la parte superior de la ceja izquierda, hasta la oreja del mismo lado. La ropa estaba desecha y quemada en algunos sitios, con manchas oscuras que bien podrían haber sido de sangre, o no.

- ¡Edu, estás herido! – le dije con el poco aliento que tenía.

- Quedate tranquilo, que apenas me duele – contestó con media sonrisa.

Verlo así lastimado, y tratando de darme ánimos, me hizo dar cuenta, aún más, de lo especial que era mi hermano y de lo mucho que me importaba. Sin pensarlo, junté fuerzas de donde pude y me levanté para observar el mapa detenidamente.

Mientras Eduardo atendía a sus amigos, yo pude trazar rápidamente dos rutas hacia la bodega de carga. Una que era la más rápida, nos llevaba cerca de uno de los costados de la nave, pero cabía la posibilidad que estuviera obstruida por escombros o daños generados por el choque. La otra era un poco más larga, y nos llevaba por el medio de la nave, donde supuse que los daños debían ser menores. Así que esta última ruta fue la que elegimos.

Con mi hermano, levantamos a los heridos y los ayudamos a caminar ya

que los temblores de la nave iban en aumento.

No llegamos a recorrer dos pasillos, cuando una luz roja comenzó a parpadear por toda la nave. Unos instantes después una voz metálica se sumó y comenzó a escucharse por unos altavoces que estaban al ras del techo y hasta ese momento habían pasado desapercibidos.

- PELIGRO, PELIGRO, EVACUEN LA NAVE EN T-10 MINUTOS. PELIGRO PELIGRO… - y así se repetía cada treinta segundos.

3

Comenzamos a andar un poco más rápido, de cara al nuevo problema que se nos venía encima. La mayoría de los pasillos que transitamos, por suerte estaban intactos, y si no era por las vibraciones y los saltos que daba la nave de tanto en tanto, hubiéramos podido andar mucho más rápido.

Llegando a lo que yo intuía que era la mitad del recorrido, cuando un gran estruendo seguido de una inclinación repentina de la nave, nos paralizó a todos. Nos miramos unos a otros y sin mediar palabra comenzamos a correr como pudimos. Era una tarea bastante compleja ya que la nueva postura de la nave hacía que tuviéramos que esforzarnos aún más para movernos sin dar contra la pared del pasillo.

Poco a poco, y sin mayores inconvenientes, llegamos a la puerta de entrada a la bahía de carga. Esta estaba abierta, había sido forzada, y se veían algunas manchas de sangre en sus bordes. Al parecer nuestros compañeros habían entrado por acá.

Ingresamos en la bodega al tiempo que la voz nos informaba que nos quedaban dos minutos para abandonar la nave. Corrimos esquivando las cajas que estaban desparramadas por toda la bodega hasta llegar a donde estaban los capitanes que habían podido escapar del puente.

El capitán Pierre y el capitán Robert habían salido justo unos instantes antes de que las cosas comenzaran a explotar, pero en algún punto del recorrido a la bodega, algo los había lastimado, mal. Tal vez una explosión o algún golpe fuerte los, en ese momento no tenía forma de saberlo.

Eduardo se acercó y verificó que todos estuvieran bien y preparados para el viaje de vuelta, luego me miró a mí y me dijo – Acompañame –

Nos alejamos del grupo de capitanes mientras ellos hablaban entre sí, cada uno en su idioma. Al parecer se entendían bastante bien. Como si hablaran el mismo idioma o algo así.

- ¿Qué pasa Edu? Salgamos YA de acá por favor – le dije casi suplicando.

- Vos te vas primero – me contestó mientras me insistía con las manos para que me siente en el piso.

- ¿Pero porque? ¿Y ellos? – insistí señalando a los otros capitanes.

- Ellos tendrán que esperar su turno. No puedo explicarlo bien, a veces no se me dan bien las palabras – me dijo con lágrimas en los ojos.

- Ellos no pueden ir al mismo tiempo que vos – me explicó mientras nos sentábamos. – Vos relájate que después voy a tratar de explicarlo todo.

Nos sentamos y otra vez me pidió que cierre los ojos y me relaje. Fue difícil, pero al poco tiempo lo pude hacer. Sentí como los oídos se me tapaban nuevamente, aunque esta vez me sentí bastante mareado, así que esta vez no pude esperar nada para abrir los ojos. Al abrirlos pude ver que estaba otra vez en mi hogar. Es decir, en mi barrio, ya que me encontraba en medio del parque Saavedra a dos cuadras de mi casa. Algo tuvo que pasar durante el viaje, alguna diferencia hubo esta vez. Tal vez fue el apuro o la urgencia, hasta el día de hoy, aún no lo sé.

Era casi de noche y Edu no estaba por ningún lado. Me quedé a esperarlo durante un par de horas, pero no apareció. Entonces se me ocurrió que tal vez él hubiera aparecido en otro lado, y fui corriendo a mi casa.

Entré, tratando de parecer lo más tranquilo y calmado posible, aunque con la ropa sucia y media quemada, iba a ser difícil. Por suerte no lo fue. Mis padres miraban la TV en el living y solo atinaron a saludarme al pasar. Escuché también algún comentario sobre comida recalentada y alguna otra palabra que en ese momento no relacioné con nada.

Fui a la habitación de Eduardo, pero él no estaba. Subí al cuartito de la terraza, pero tampoco lo encontré ahí. Al parecer, no había podido volver por algún motivo, y en ese momento recuerdo haber pensado que seguro lo iba a hacer pronto.

Que equivocado estaba.

Pasaron los días y Edu seguía sin aparecer. Mis padres realizaron la denuncia con la policía, llamaron a hospitales, y hasta incluso salieron a recorrer el barrio varias veces. Yo por mi parte siempre encontraba alguna excusa para buscar por otro lado, ya que conocía la verdad, pero era imposible que alguien me creyera así que tuve que callarme y esperar a que mi hermano regresara.

4

A medida que pasaban los días, era cada vez menor la esperanza de que mi hermano regresara. Al desconocer cómo era capaz Eduardo de realizar semejantes hazañas, las teorías que tenía implicaban desde la muerte pasando por la teleportación hasta viajes en el tiempo y el espacio. Como no entendía el funcionamiento de su habilidad, solo podía intuir lo que pudo haberle pasado.

Hasta que al fin di con algo.

Revisando entre sus cosas, encontré algunos libros que estaban cuidadosamente guardados en su placard. Justo a la vista de todos, entre todos sus Comics y Manga. Estos libros hablaban sobre meditación, religión, aliens, viajes en el tiempo y magia. No sé bien como o porque llegó a interesarse en estos temas. Tal vez a partir de esta lectura pudo desarrollar un don o aprender a controlar una habilidad ya existente. No lo sé, pero no me iba a dar por vencido hasta encontrar una respuesta, sea como sea.

Llevé los libros a mi habitación y comencé a leerlos, tratando de entender el sentido de cada frase, metiéndome de lleno en la lectura para así encontrar respuestas.

Lentamente fui aprendiendo mucho sobre cómo se creía que funciona nuestro ser interior, lo poderosa que podía ser la mente si se desarrollaba y entrenaba.

Estos libros, que si bien parecían haber sido elegidos al azar, estaban íntimamente relacionados por mucho de su contenido. Y si bien los autores eran muy diversos, parecían pertenecer todos a una misma comunidad o corriente de pensamiento. La verdad es que leerlos resultaba apasionante. Todo el tiempo encontraba relaciones que apuntaban a uno u otro tema, tanto así que tuve que comenzar a anotar para no perderme en mis propias ideas. Pasaron algunos días hasta que comencé a desarrollar algunas teorías propias relacionadas con la meditación y la elevación de nuestro ser a un plano diferente o más elevado, solo quedaba ponerlas en práctica para ver si de esta manera podía encontrar algunas respuestas, por suerte estas no tardaron en llegar algunas semanas más tarde…

Capítulo 4

EPILOGO

Como ya lo mencioné al principio, mi hermano mayor se llama Eduardo Martínez, tiene el pelo oscuro, casi negro y está por cumplir los veintisiete años (aunque no los aparente). ¿Porque les cuento esto? Porque hace más de tres semanas que desapareció, y esta vez, creo que no va a volver.

Mis padres están anímicamente destrozados, apenas tienen fuerzas para realizar sus quehaceres diarios antes de sumirse de lleno en la búsqueda de su hijo desaparecido. Esto los desgasta de una manera muy visible, es por eso que no tengo tiempo que perder y debo seguir esforzándome para encontrarlo por mis propios medios.

Estas últimas dos semanas, me las pasé leyendo y practicando técnicas de meditación para tratar de entender como mi hermano pudo desarrollar la habilidad de ¿viajar? en el espacio tiempo. Aún son más las preguntas que las respuestas que pude conseguir. ¿Cómo lo hace? ¿Quiénes eran sus amigos? ¿Ellos tenían la misma habilidad? ¿Por qué al volver no lo hice en mi casa? ¿Qué pasó con mi hermano?

Y así puedo seguir… son muchas las preguntas, pero por suerte, (o no), las respuestas comenzaron a aparecer hará dos días atrás.

Estaba sentado en mi cuarto, probando algunas técnicas de meditación que fui tratando de desarrollar a partir de los libros que estaba estudiando. Luego de algún tiempo tratando de poner mi mente en blanco para lograr una relajación absoluta, pude sentir algo. Alrededor mío sentí como una suave corriente de aire que iba y venía. Seguí concentrándome en esa corriente de aire hasta que alcancé a escuchar algunos sonidos, sonidos suaves. Eran voces, pasos, ruidos de cosas u objetos moviéndose. Despacio, fui abriendo un ojo, solo un poco, para ver en dónde estaba.

Seguía en mi habitación, pero no estaba solo. A alrededor mío había cuatro o cinco personas que iban y venían. Vestían de diferente forma, pero todos tenían algo en común. Todos eran yo.

Algunos hablaban, otros salían del cuarto, entraban, se sentaban se acostaban. Me encontraba paralizado, no podía creer lo que veía, pero tampoco tenía miedo. Simplemente estaba fascinado.

Al cabo de unos segundos los sonidos fueron cesando y las imágenes fueron deshaciéndose lentamente. No entendía bien lo que había visto, y tampoco sabía bien lo que significaba, o como esto iba a ayudarme a encontrar a Eduardo. Lo único que si supe, fue que para bien o mal, a

partir de ese día mi vida ya no sería la misma.

FIN